

Una mirada a nuestro entorno

Argelia, no tan lejos

Beatriz Tostado España pacta con Marruecos salir a pescar y de los saharauis ni hablamos. Y mientras Argelia, el gigante, prepara nuevos planes y proyectos en el campo de los hidrocarburos, que abastece a gran parte de Europa, y en el que hay implicadas dos importantes empresas españolas, Repsol y Gas Natural, que participan activamente en la explotación de los recursos del país; la segunda

se lleva ahora el gas un 20 por ciento más caro. Para este suministro existe un gaseoducto que llega a España atravesando Marruecos. No obstante, el proyecto más inmediato es la construcción, antes de 2009, de otro gaseoducto, que llevará el gas desde Argelia directamente a España; la tubería alcanzará la Península a través de Almería.

Hace apenas unas semanas todos movieron ficha en este sentido, y casi a la vez. Pero la realidad es mucho más que eso y gran parte se silencia y hay mucho contenido y continente detrás de cada movimiento que se hace. Hay una historia, unas historias que contar, y luces y sombras, como las de los últimos años, decenios.

Y es que Argelia es ese otro vecino al que seguramente sea bueno conocer desde Melilla. Porque Melilla no es una isla y es también la realidad que la rodea. El tráfico fronterizo y los inmigrantes, por ejemplo, lo demuestran a cada instante. Pero a veces se olvida que esta ciudad norteafricana y Europa a la vez es eso, y el Magreb la rodea. Marruecos tan lejos y tan cerca. Alhucemas por un lado, por el otro La Bocana, Nador, Berkane (con sus naranjas y su gasolina que compite con la de las estaciones de servicio de la ciudad autónoma), Saïdia y, detrás, Argelia; cerca también de Melilla, y tan lejos también a la vez.

Turbulenta historia

Las fronteras actuales de Argelia, así como las de Túnez y Libia se establecieron cuando la región aún formaba parte del Imperio Otomano tras la traumática independencia de Argelia de manos de Francia en 1962 (luego de una dolorosa colonización). El Frente de Liberación Nacional (FLN), presidido por Ahmed Ben Bella tomó el poder, instaurando un régimen con tintes socialistas que a lo largo de los años fue evolucionando hacia la legalización del multipartidismo y otros derechos civiles, convirtiéndose a Argelia en uno de los países más dinámicos del mundo árabe. Pero había un grupo de generales (y sus clanes incluidos) que estaba detrás de todos los cambios hacia un cada vez mayor autoritarismo y ya desde finales de los ochenta, y especialmente en los noventa, el país ha vivido presa de convulsiones, violaciones de los derechos humanos, enfrentamiento de grupos armados (ejército e islamistas extremistas), fuerte represión por parte del Estado y de las fuerzas de seguridad, la anulación de la victoria electoral del Frente Islámico de Salvación (FIS) en 1991, agitación política, levantamientos populares y juveniles en la Cabilia y regiones beréberes y épocas de calma,

como la que supuestamente se vive en la actualidad, aunque siga habiendo desmanes. Dos cifras, más de 200.000 muertos (reconocidos oficialmente) y más de 6.000 desaparecidos desde 1990.

Muchos recuerdan los asesinatos colectivos, la tortura, las ejecuciones extrajudiciales, la persecución de intelectuales y líderes políticos y sociales contrarios al régimen y de cantantes de rai, los desaparecidos y la represión, y también los atentados y sangrientas actuaciones de los llamados barbudos (islamistas). Todos estos, son hechos que la intelectual Salima Guezali, la presidenta del Partido de los Trabajadores (PT) Luisa Hanún (protagonista del demodolor Otras voces de Argelia), el dirigente de las Fuerzas Sociales (FSS) Aït Hocine y miembros de organizaciones de derechos humanos, como el presidente de la Liga Argelina de Derechos Humanos (LADH), Ali Abdenur Yahia, trataban de narrar a la humanidad. Han pasado casi diez años de las peores masacres y continúa, de hecho, el estado de excepción y el país no está mucho mejor. Algo más tranquilo pero lleno del descontento de sus gentes, que a pesar de todo siguen en la brecha y se levantan

tras las caídas. El escritor lo narraba así a finales de los noventa. "Las matanzas (...) muestran no sólo que el terror y la barbarie vienen de los dos lados, sino también que el Estado es indirectamente responsable de la gran mayoría de ellas". Así lo han venido denunciando también los miembros del

El terror, con su lote de desaparecidos, de asesinatos políticos o simplemente de empobrecimiento de la población, tiene fuerza de ley

Movimiento Argelino de Oficiales Libres (MAOL), un grupo de militares que marcharon al exilio para evitar seguir siendo partícipes en la política "represora" y "asesina", y que reconocen la complicidad, o incluso en algunos casos culpabilidad, del ejército en muchas de las matanzas (algunas de ellas de las más terribles) atribuidas a grupos islámicos extremistas. Un buen ejemplo de este "engaño" a que se sometió tanto a muchos arge-

linos como a la opinión pública internacional se encuentra en el libro ¿Quién mató en Bentalha? de Nesrulá Yous.

Y en palabras recientes del intelectual argelino Mouloud LOUNAOUCI (Presidente de la oficina regional de la Agrupación por la Cultura y la Democracia (RCD), uno de los partidos laicos de la oposición del país, de Tizi-Ouzou). "Desde la independencia Argelia está sometida a una dictadura silenciosa pero sin embargo implacable. El terror, con su lote de desaparecidos, de asesinatos políticos o simplemente de empobrecimiento de la población, tiene fuerza de ley. Los poderes que se han sucedido han construido una cadena de "transmisión mortífera" basada en la exclusión y en el borrado (físico y simbólico) con el objetivo de neutralizar una memoria que podría poner en tela de juicio la legitimidad del poder". Añade que, "el Estado, asimilado a la casta militar-político-financiera, ejerce una violencia cuyo propósito es aniquilar la reflexión y, en consecuencia, toda acción reivindicativa y contestataria". Y recuerda que la protagonista termina siendo la violencia, que ocupa un espacio tanto físico como psicológico y emana "destrucción".

Los informes de Human Rights Wacht (HRW), Amnistía Internacional (AI) y otras organizaciones de derechos humanos dan cuenta de toda esta trayectoria política y social de un país en el que, a casi diez años de que el presidente, Abdelaziz Bouteflika, decretara la Ley de Concordia Civil, muchos no están conformes con lo que ha supuesto este "borrón y cuenta nueva", para unos y algo que no ha logrado sembrar justicia, en opinión de muchos.

Actualidad gris

Pero, ¿cómo sigue la situación para la población mientras sus dirigentes y los nuestros y nuestras empresas negocian suculentos acuerdos con el gas y el petróleo? La sociedad sigue convulsa por las "protestas violentas en relación con diversos problemas sociales, económicos y políticos, como la escasez de agua, puestos de trabajo y vivienda, la mala administración pública y la corrupción", tal y como lo describe AI. Esta organización, además, coincide con HRW y con diversas organizaciones argelinas (Algeria-wach, LADH y otras), en que continúan los asesinatos por parte de diferentes grupos armados, "los abusos contra los derechos humanos", las denuncias relativas a "tortura y malos tratos", el "hostigamiento" y la "presión" sobre periodistas, abogados y activistas sociales, intelectuales y personas críticas y el peligro de la libertades de expresión y de reunión y el impasse en el esclarecimiento de las "desapariciones" de la década de los noventa y en el resarcimiento a sus familias; aparte de esto, Amnistía denuncia la "discriminación que sufre la mujer" en muchos aspectos, como la poligamia y el derecho unilateral del esposo al divorcio, a pesar de las modificaciones de los Códigos de Familia y Nacionalidad.

El análisis conclusivo de esta situación pueden ser las palabras repetidas hasta la saciedad desde la LADH. "La destrucción de la sociedad, su empobrecimiento y el "clanismo" devastador (...) han sumergido al país en una situación de ausencia de derecho de consecuencias desastrosas. Y las libertades individuales y colectivas siguen siendo abofeteadas".

Ahora preocupa también, desde hace algún tiempo, el llamado terrorismo islámico internacional. Muchas violencias.

Quedarse con lo bueno

B.T.G.

Una no estuvo en Argelia. Pero se lo contaron y también lo leyó. Y supo de un país poblado de cabiles y rebeldes, o de rebeldes cabiles; presa de brutalidades por parte de Francia en la primera mitad del siglo XX y que visten, no obstante, un bilingüismo (o mejor un trilingüismo) con orgullo o reconociéndole lo positivo malgré tout, (la tradicional relación de amor-odio con Francia); sometidos después a las arbitrariades de un poder político llevado, a la sombra o a plena luz, por los generales y sus clanes. País que también ha vivido la violencia extremistas de grupos armados. País que se sostiene sobre unos hidrocarburos que anidan en el sur mientras, desde hace décadas, los jóvenes "sujetan los muros" y las mujeres lloran a sus maridos, a sus novios, a sus hermanos y a sus hijos. Y ahí hay un conflicto social, económico y de derechos humanos. Y también el trabajo, desde hace décadas, de una salida al Atlántico a través del Sahara.

Para hablar de Argelia hay que referirse al dentro y al fuera. A las ciudades del norte y del centro empapadas del cruce árabe y europeo, a las zonas rurales eminentemente agrícolas colmadas por aldeas que han sufrido todo tipo de violencias y el sur (y parte del centro) riquísimo tomado por las multinacionales y la elite del país. Durante años hubo la emigración y el exilio (de

ambas cosas la antigua metrópoli sabe bien),; y después un triángulo de la muerte (Blida, Medea y Argel) y de las violencias cuyo origen es borroso (o que hacen borroso, tipo NS/NC), y el ocultamiento y el silencio de lo que ocurría, de los derechos y libertades que se rompen como cristal, y del trabajo, siempre, de argelinos que desde dentro y desde fuera han dado la cara (si es que alguno no se la rompía antes), han dado lo mejor de sí mismos, desde la pluma y el papel, desde el activismo social, desde la rabia y la tristeza convertida en acción constructiva. Recuerdo a algunos de ellos, que pasearon por el mundo para que supiéramos. Son rostros clavados, para siempre, en la retina.

Lo positivo es quedarse con lo bueno, que es mucho y que acaba injustamente escondido, tapado, por los escombros, por las ruinas. Pero las violencias (de los unos y de los otros) no ha logrado llevarse por delante, ni mucho menos. Y nos quedamos también con las canciones (Idir, Hasni, Matoub, Cheba Zahouania...) y con el cine (Hamina, Bouchareb). Y con los libros (Assia Djebar. Kateb Yacine, Mohamed Dib, Leila Sebbar...). Sagrada literatura, sagradas lenguas que comunican y se entrelazan, sagrada música, sagrado el arte que nos hace mejores, que nos salva de las garras de la destrucción y de la violencia, y que nos hace levantarnos de nuevo y caminar erguidos.